



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

Canto de sirenas, una deconstrucción de la (in)seguridad
Santiago Cabassi y Luisina Herrero Laporte
Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 3, N.º 1, diciembre 2017
ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Canto de sirenas, una deconstrucción de la (in)seguridad

Santiago Cabassi

santiago_cabassi@hotmail.com

Luisina Herrero Laporte

luisina.herrero.laporte@hotmail.com

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

El objetivo general de nuestro TIF apuntó a complejizar el discurso de la (in)seguridad, visibilizando la trama de poder económico-político a través de la realización de un largometraje documental.

En este trabajo, sólo desarrollaremos brevemente el rol de las corporaciones informaciones en la construcción del discurso estigmatizante.

Antes de adentrarnos en ello, resulta pertinente señalar que el tema de la (in)seguridad se encuentra instalado en el debate público de los argentinos diariamente. En las calles, en los comercios del barrio, en familia, en las redes sociales, en los medios -sobre todo en los medios- se habla cotidianamente de este tema que se ha instalado hace muchos años como principal conflicto en el sentir social. Todos han experimentado o conocen a alguien que fue víctima de la (in)seguridad. Cuando la palabra (in)seguridad surge en cualquier charla, todos comprenden con claridad a qué refiere: el robo, con mayor o menor violencia, de la propiedad privada de un vecino, sea en la calle o en su hogar, por parte de *chorros* o *delincuentes*, que responden a ciertos estereotipos y se presume viven en ciertos barrios periféricos ¿Cómo ocurre esta comprensión unívoca de la (in)seguridad? ¿Es posible pensar otras inseguridades?

Como primer paso ponemos en crisis la asociación entre (in)seguridad y un tipo de delito específico: el robo. Si pudiéramos describir a la inseguridad como un sentimiento de desprotección, la inseguridad asociada al robo recorta el espectro y deja por fuera otros tipos de delito, como la evasión impositiva, la violencia de género o hasta una simple infracción de tránsito. Por lo tanto, la inseguridad surge desde lo que tengo materialmente y puedo dejar de tener.

La ola de inseguridad

Las corporaciones infocomunicacionales funcionan como los embajadores del neopunitivismo norteamericano (Zaffaroni, 2011, p. 367). En un mundo donde la imagen tiene un carácter preeminente, la televisión es el principal dispositivo para la difusión del discurso de la (in)seguridad. Desde la televisión se nos enseña cotidianamente quiénes son los buenos y quiénes son los malos, quiénes son los normales y quiénes son los diferentes, quiénes son los vecinos y quiénes son los delincuentes.

La televisión se encargará de generar los nuevos lazos sociales en torno al miedo y para ello necesita construir un responsable de todos los males que nos acechan: el *chivo expiatorio* (Rodríguez Alzueta, 2014, p. 40-44). El chivo expiatorio que construyen las corporaciones mediáticas no es sólo aquel individuo o grupo que haya cometido un delito sino también, indirectamente, el otro que nos inflige miedo es todo aquel que responda a las mismas características estereotipadas (Zaffaroni, 2011, p. 369-370).

Para conseguir un consenso de tal magnitud, la televisión apela a diferentes metodologías de construcción de sentido. En primer lugar, las noticias violentas le resultan las más atractivas y funcionales para sus objetivos. La noticia del asalto violento se repite en serie a través de los canales, para luego ser retomadas por los otros medios y redes sociales. Los delincuentes serán presentados como individuos universales, seres libres y dueños de sus actos (Rodríguez Alzueta, 2014, p. 57 y 58; Wacquant, 2000, p. 60). La descontextualización del hecho y del delincuente se vincula profundamente con el modelo neoliberal, que piensa a la sociedad de manera atomizada.

La reproducción en serie de la noticia violenta a través de los diferentes medios masivos, en conjunto con la noticia de otros delitos menores, crea la idea de un estado de violencia generalizado que ha tomado las calles. La televisión nos enseña que el peligro está a la vuelta de la esquina, acechándonos, y como ciudadanos debemos estar atentos porque nadie está exento (Rodríguez Alzueta, 2014, p. 79). No todas las víctimas de delitos violentos son funcionales al discurso de la

(in)seguridad, sino que los medios escogen aquellas que poseen mayor representatividad para el público. La víctima será interpelada por el periodista con lo que “la gente quiere saber”, en un doble juego en que obtienen los comentarios más intempestivos cuando la víctima está en su momento de mayor vulnerabilidad y, por añadidura, el periodista se convierte en representante de la opinión pública.

Escenas de la guerra

La televisión, principal vía de reproducción e instalación cultural del discurso de la (in)seguridad, es un medio dominado por empresas privadas, que responden a intereses corporativos y articulan sus líneas editoriales desde el corpus de variables económicas que la atraviesan, ya sea su participación accionaria, su posicionamiento respecto al modelo económico, sus auspiciantes o la pauta del Estado. En este sentido, preguntarse por la propiedad de los medios es preguntarse sobre su mirada de mundo, lo cual nos permitiría comprender “las censuras de todo orden que hacen que la televisión sea un colosal instrumento de mantenimiento del orden simbólico” (Bourdieu, 1997, p. 20).

Actualmente, la televisión posee una predilección sobre el resto de los soportes, por parte de los espectadores, como vía para nutrirse de información acerca de la actualidad. Por un lado, encontramos como causantes de ello la preeminencia de la imagen como representación de la realidad, por sobre la palabra escrita o radial, acorde a la cultura de la sociedad occidental contemporánea, donde “el ojo está en el centro de la percepción” (Rincón, 2002, p. 18). En este marco, la televisión en particular se encarga de naturalizar las maneras de ver socialmente aceptadas, generando una suerte de –parafraseando a Marx– *fetichismo de la imagen*.

Por otro lado, el ejercicio dramático que la televisión realiza sobre las imágenes, escenificando mediante ellas el acontecimiento y exagerando su gravedad y profundizando sobre los aspectos trágicos (Bourdieu, 1997, p. 25; García Canclini, 2004, p. 93). Quizás el mayor riesgo de este aspecto, uno de los garantes del éxito televisivo, es la eventual transferencia de la dramatización al público. El discurso de la (in)seguridad genera tensiones sociales que, ante determinados contextos político-históricos, puede desencadenar conductas tales como “el racismo, la xenofobia, el temor-odio al extranjero” (Bourdieu, 1997, p. 28), así como “en el eco público de las violencias, en la visibilidad de los delincuentes o en la expansión del clima de amedrentamiento” (Rey y Rincón, 2008, p. 25), siendo su peor expresión las dantescas escenas de linchamientos o los reiterados casos de violencia policial. En este contexto, pueden dimensionarse el rol y la responsabilidad que recaen en el periodista, cuyo espacio de acción se encuentra limitado tanto por el lugar que

ocupa su medio en el campo mediático, como por el lugar que el propio periodista ocupa dentro de ese medio (Bourdieu, 1997, p. 59-60).

Nuestros presentadores de telediarios, nuestros moderadores de debates, nuestros comentaristas deportivos, se han convertido, sin tener que esforzarse demasiado, en solapados directores espirituales, portavoces de una moral típicamente pequeñoburguesa, que dicen 'lo que hay que pensar' de lo que ellos llaman 'los problemas de la sociedad', la delincuencia en los barrios periféricos o la violencia en la escuela (ibídem, p. 66).

La competencia por los espectadores entre las corporaciones info-comunicacionales genera la búsqueda de la primicia, el dato de color, la inserción de una agenda que relata sucesos fragmentados y los arrastra a terreno propio para generar desde allí una moral de los medios, alegando que se trata de "lo que a la gente le interesa" (ibídem, p. 74).

Planteado el contexto, creemos necesario reafirmar que, más allá del carácter estigmatizante de la televisión, resulta estrictamente necesario un análisis profundo y complejizador de los discursos televisivos, en nuestro caso el de la (in)seguridad, comprendiendo que, desde otra perspectiva, la televisión es "el más sofisticado dispositivo de moldeamiento y deformación de la cotidianidad y los gustos de los sectores populares, y una de las mediaciones históricas más expresivas de matrices narrativas, gestuales y escenográficas del mundo cultural popular" (Martin-Barbero y Rey, 1999, p. 2-3). Por lo tanto, no proponemos en nuestro trabajo un rechazo del estudio sobre el consumo televisivo sino, por el contrario, su puesta en crisis de su rol como reproductor y naturalizador de construcciones simbólicas que afectan nuestro cotidiano.

En el análisis específico del discurso de la (in)seguridad y el rol de la televisión, trabajamos en desandar el miedo que se transmite a los espectadores, "miedos en fin que provienen de un orden construido sobre la incertidumbre y la desconfianza que nos produce el otro, cualquier otro -étnico, social, sexual- que se nos acerca en la calle y es compulsivamente percibido como amenaza" (ibídem, p. 29).

Si "es de los miedos que viven los medios", entendemos que como comunicadores sociales debemos deconstruir esos miedos instalados, generalizados, generar una discusión desde allí, problematizar lo naturalizado, revelar los mecanismos por los cuales la televisión consigue un doble beneficio desde la producción de la noticia y desde el aislamiento social, posicionándose ya no sólo como mediador entre el público y la realidad, sino convirtiéndose en un sujeto activo que interviene activamente en ella (ibídem, p. 57).

Esta televisión que juega con los miedos, que hace de ellos su materia prima, data de ciertos sucesos posteriores a la crisis del 2001 y la visibilización de las consecuencias del neoliberalismo. El viraje de la televisión y su cobertura de noticias policiales se produjo principalmente en 2004, cuando la víctima se posiciona "como el principal sujeto noticiable de las informaciones político-policiales" (Calzado, 2015, p. 20) y el caso de Axel Blumberg atravesaba por completo la programación. Las noticias comenzaron a trabajar sobre la idea del "ciudadano-víctima" (ibídem, p. 26), al encontrar en la imagen de Axel un vehículo para generar la identificación con el público, que rápidamente comenzó a identificar que, de un momento para otro, podría pasar a ser la próxima víctima. En ese contexto, tomado por la sensación generalizada de peligro, surgen neologismos como la "guerra contra la delincuencia", o la "batalla contra la inseguridad", una retórica con connotaciones belicistas, muy ligada a los procesos de legitimación del terrorismo de Estado y su "guerra contra la subversión" (ibídem, p. 27). La metodología mediática consiste en descontextualizar los hechos y, a su vez recontextualizarlos. Es decir, la noticia se concentra ya no en los hechos y sus causantes, sino en la víctima y su experiencia individual. Dicho de otro modo, la inseguridad se vuelve la causa de todos los problemas sociales y, a su vez, se produce un borramiento de sus causas estructurales. "La identificación común de los medios es la conmoción y la puesta en agenda de un peligro continuo" (ibídem, p. 38).

Como en toda guerra, es necesaria la configuración de un enemigo. En ello se pone en marcha el minucioso proceso de selectividad de los medios, que no sólo escogen a la víctima y al nosotros sino que, desde su interpelación cotidiana, van a hablar de un otro peligroso, que posee determinadas características fácilmente reconocibles, pero que en la producción periodística es un sujeto "sin rostro, sin voz, sin derechos" (ibídem, p. 83-84).

Reflexión final

Ante un contexto nacional e internacional de intolerancia y exclusión social, observamos los mecanismos por los cuales el *poder real*, específicamente los capitales financieros internacionales, financia y reproduce discursos para apuntalar en el imaginario social la concepción de que existe un *otro* que es responsable de *nuestros* padecimientos. Un *otro* que es sometido por el poder a ser un *chivo expiatorio* el cual, los aparatos de construcción simbólica y las instituciones del orden represivo, marginan y distancian de un *nosotros* visceralmente clasista.

Ese *otro diferente* ha tenido distintas representaciones a lo largo de la historia y las geografías, fueron los gauchos y los pueblos originarios en la construcción de nuestro Estado-nación, fueron los yrigoyenistas y los peronistas proscriptos y bombardeados, fueron los movimientos revolucionarios detenidos-desaparecidos. Como también lo fueron las mujeres en épocas de "cacería de brujas", los armenios y los judíos exterminados, los comunistas perseguidos por el macartismo, los negros norteamericanos y sudafricanos, los musulmanes y el estigma terrorista, los palestinos asediados, mutilados y asesinados por el sionismo, por mencionar algunos tramos de nuestra historia.

Sobre todos ellos -y sobre muchos otros que cabría rescatar en la memoria- golpeó el poder político-económico, el discurso estigmatizante fogueado por los aparatos de comunicación y el exterminio físico a manos de las fuerzas represivas. Hoy el *otro*, nuestro *otro*, son los pibes y pibas de los sectores populares. Jóvenes que no están por fuera, sino que son parte de nuestro propio "fracaso programado", como diría Wacquant.

Observando el proceso académico recorrido, consideramos que *Canto de sirenas* resulta un aporte en el campo de la comunicación, no sólo por su abordaje de deconstrucción del discurso de la (in)seguridad, sino por su contribución al análisis de otros discursos estigmatizantes de carácter hegemónico.

Desde otra perspectiva, los *otros* han desarrollado estrategias, herramientas y mecanismos de resistencia que les han permitido trascender el terror y el olvido. Desde ese lugar, comprendiendo la capacidad transformadora de la comunicación y empujados a actuar por el compromiso con nuestro tiempo y nuestro país, nos embarcamos en la realización del presente TIF con el objetivo de proponer una herramienta de resistencia que permita poner en discusión y complejizar este y otros discursos hegemónicos.

Bibliografía

Bourdieu, P. (1997). *Sobre la televisión*. Barcelona, España: Editorial Anagrama.

Recuperado el 12/12/2017 de:

<https://existenciaintempestiva.files.wordpress.com/2014/03/bourdieu-sobre-la-television.pdf>

Calzado, M. (2015). *Inseguros. El rol de los medios y la respuesta política frente a la violencia. De Blumberg a hoy*. Argentina, Buenos Aires: Aguilar.

García Canclini, N. (2004). *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. España, Barcelona: Editorial Gedisa. Recuperado el 01/02/2018

de <https://somalxspiratas.files.wordpress.com/2017/04/diferentes-desiguales-y-desconectados-de-nc3a9stor-garcc3ada-canclini.pdf>

Martin-Barbero, J.; Rey, G. (1999). *Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva*. España, Barcelona: Editorial Gedisa.

Rey, G.; Rincón, O. (2008). *Más allá de víctimas y culpables. Relatos de experiencias en seguridad ciudadana y comunicación - América Latina*. Bogotá, Colombia: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina.

Recuperado el 01/02/2018 de <http://library.fes.de/pdf-files/bueros/c3-comunicacion/07331.pdf>

Rincón, O. (2002). *Televisión, video y subjetividad*. Colombia, Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Rodríguez Alzueta, E. (2014). *Temor y control. La gestión de la seguridad como forma de gobierno*. Argentina, Buenos Aires: Futuro Anterior Ediciones.

Wacquant, L. (2000). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones Manantial.

Zaffaroni, E. (2011). *La palabra de los muertos. Conferencias de criminología cautelar*. Argentina, Buenos Aires: Ediar.